1:50

Tierra y Libertad

Namero suelto: 5 centimos

Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.º, 1.º

Paquetes de 30 ejemplares . . . 1'00 ptas Suscripción: España un trimestre . 1'00 s

Extranjero b . . .

SOBRE EL CATACLISMO

¡Bien andamos ahora por Europa y por el mundo, de progreso, de civilización y de cultural ¡Oh... siglo XX! En tí creyó el filósofo, el literato, el idealista y el sabio que surgiría una época de progreso tal, de tal equidad, que se unirían todos los humanos, formando de este modo la verdadera y gran familia universal de que nos habían les videntes.

Bl milagro lo hubieras realizado, joh, siglo anémico de justicia!, aplastando cemo a reptiles venenosos a todos esos dones de que se enorgullecen tus elegidos: el odio, el rencor, la venganza, soslayados con la hombría de bien; la mentira, el amor a los intereses materiales, cobardemente encubiertos con una justicia que tan formidables puntales necesita para sostenerse. Todo eso, junto con la caridad, sostenedora de un mundo de esclavos; con la ignorancia, que lleva sobre sí el peso infamante de sesenta siglos de esa justicia; con la red inextricable de nefastas pasiones, que forman la endémica enfermedad que ataca de todas formas y se comunica por todas las células orgánicas, haciendo obedecer a los impulsos más salvajes y groseros, como infección rabiosa que invade todo el organismo e invita a comunicar el virus ponzofioso a otros seres y a otros, sin solución de continuidad, harán que esto se convierta, si no acudimos prestamente al remedio, en terrible huracán, moral y material, que tronche y devaste, que arrase y mate lo bueno que queda, si queda algo, en este horrible caos en que, a tientas y arrastrando, nos desenvolvemos.

Aquella vida intensa y desbordante, llena de luz y de equidad, con que sofiaba un Bakounine; aquel benéfico recio, fecundo en altísimas idealidades que hacían despuntar la aurora rosada de un mundo innefable de amores y dulzuras, al par que segaba el odio a lo mezquino, a lo ruin y a lo bajo, no se vislumbra aun sino con debilisimos reflejos. ¡Todavía hay emperadores, reyes y tiranos! ¡Aún subsisten papas, creyentes y verdugos que necesitan para vivir el dominio absoluto del mundo que les da vidal ¡Aún hay esclavos que se prestan a yunque de injusticias, a carne de festin con que los otros puedan satisfacer antihumanos, torpes y livianos deseos!

Truena el estampido del cañón y en escombros convierte la actividad prodigiosa de inmensas generaciones; los ayes lastimeros de los heridos, el estertor del moribundo no conmueve a la bestia humana, que se excita más y más en su rabiosa sed de sangre. Los ejércitos, compuestos de hombres sia pan y sin patria, avanzan hambrientos, henchidos de patriotismo, a la vez de sus jefes y en nombre del coloso, dejando tras si la horrible estela de la destrucción, el robo, la violación, el fusilamiento; todo queda impune. Pero el tiempo, gran maestro de la vida, vengara la ofensa, que es a la vez venganza de ofensas pretéritas: es uno de les terribles eslabones con que está

forjada la cadena terrible.

Y contra todas las Convenciones, y contra todos los pactos diplomáticos de desarme general surgirá la realidad aterradora, irremediable si un movimiento generoso, libertador, de supremo empuje y de abnegación sublime no lo evita, aunando todas las voluntades, todas las iniciativas en cuyo espíritu lata un átomo de justicia.

Y esta tremenda realidad es que los descendientes de los asesinados, de las violadas, de los que vieron su dignidad humana ultrajada, escarnecida y pisoteada, clamarán por la revancha, grito de guerra francés, y por el desquite, santo y seña alemán. Y perdurará el odio. Y la humanidad, convertida en bestia apocalíptica de millones de cabezas, volverá a sellar con sangre, y con su estupidez, y con su barbarie el pacto de unos verdugos.

He aquí un soberbio ejemplo que no excita la atención del mundo. Mientras el ingeniero y el mecánico fabricaban motores, cilindros y volantes para hacer la tierra más productiva, la vida más fácil, el trabajo más cómodo, favoreciendo el desarrollo de las ciencias y de las artes, los bandidos imperiales y etc. afilaban en los almacenes militares las soberbias máquinas guerreras, pasmo de los siglos, que habrían de hacer de la ciencia un mito, de las artes, montones de escombro salpicados de sangre, y de la literatura, un romance de lecturas bélicas.

Mientras media humanidad sólo pien sa en la destrucción y en el exterminio, otros hombres van detrás arreando, produciendo, sembrando de esperanzas el camino. ¿Será para que otros hombres del mañana, tan crueles y sanguinarios como los hombres de hoy, busquen y encuentren la meta de sus glorias destruyendo? Si así fuera, consumese la debacle; no merece viviese lo que no es vida. Mas si queda en el mundo una sombra de justicia social, de justicia humana; si la tenuísima linea que separa al hombre de la fiera es linea al fin, por tenue que sea, se impone un gigantesco, un colosal esfuerzo, un supremo empuje, a muerte o a vida, para que cese la horrible carnicería; para que nunca jamás, jamás, pueda contemplar la humanidad su propio suicidio para satisfacción de unos infames.

¡Hombres de corazón de los países neutrales, a vosotros toca iniciar la inmensa obra que marcará un punto culminante en la historia de la humanidad! ¡Hombres sanos, hombres justos de los países beligerantes, a vosotros toca secundar la gran obra con la mirada puesta en la gran patria universal, la Tierra; con el corazón rebosante de amor a vuestros coterráneos, la Humanidad!

¡Soldados beligerantes, vuestra misión estará cumplida cuando levantéis en alto vuestros fusiles, cuando clavéis vuestros cañones, cuando taladréis vuestros navíos, cuando hagáis polvo los motores de vuestros aeroplanos, cuando desgarréis vuestras aeronaves, cuando, abiertos vuestros robustos brazos creadores, puedan fundirse nuestros corazones de esclavos y de latinos, de sajones y de árabes, etc., en un estrecho y universal abrazo que aleje para siempre la espantosa silueta de la violencia, engendradora de todos los males que afligen a la Humanidad. Y sería la única solución, porque, jobservadiol, nadie quiere echar sobre sus hombros la tremenda responsabilidad que se deriva de la horrenda catástrofe que destroza al mundo por el bierro, por el fuego y por la miseria aterra-

Todos odian la guerra; todos la aceptan—dicen—con supremo sentimiento como mal inevitable.

A tal punto ha llegado la contagiosa locura dominante, que cerebros capaces de calcinar con las reverberaciones de su inteligencia un mundo de hielo han sido víctimas de la más dolorosa ceguera intelectual impulsados por el odio, la cólera y la venganza.

Si un Harden, un Barres, un Braga, un France, unos señores firmantes de un manificato alemán, unos señores consagrados por las Academias francesas, fueran organismos inmunescomo sus espíritus superiores lo exige-al virus contagioso de la pasión en pro de sus respectivas nacionalidades; si germinara en sus cerebros un átomo de ciencia verdadera y en sus corazones una dosis, por pequeña que fuera, de bumanitarismo, de amor, de justicia werdaders, no tendríamos que manchar el pr pel comentando tan horribles barbaridades ni pintendo cuadros de fondo tan sombrio, de paisajes tan tristes, revestidos de tan tragicos dolores. Y es que el terrible buracán de locura que se desborda por Europa y por Oriente nos ha enseñado en poco tiempo grandes cosas.

Nos enuestra, con la abrumadora elocuencia de los hechos, el fracaso total de lo que hasta hoy hemos tenido por ciencia y por filosofía; nos señala la bancarrota absoluta de toda clase de impuestas idealidades; nos dice que los sistemas políticos, como los sistemas económicos están montados sobre frágiles bases, que basta el resuello de un airano para destrairlos.

Y nos descubre, por fin, a la bestia bumana, a la gran bestia humana, en toda su degradante desnudez a pesar del velo demasiado transparente de civilización y de progreso con que quiere encubrir sus as querosas carnes. Por eso, hombres integros de todas las razas y de todos los países, salid de vuestro ostracismo, surgid de vuestra obscurided y elevad con nosotros vuestra vez poderosa, que es la énica voz autorizada en el mundo hoy, porque ella es la voz de la Justicia, la voz de la humanidad desgarrada, ultrajeda en todo lo que de noble, de grande y de augusto tiene, debe tener, porque es de dereche suyo, el sir humano.

Y vosotros, soldados, estrechad al

supuesto enemigo, que es el obrero, el productor, el que lleva sobre sus hombros el peso de la producción universal, el creador del mundo, sólo que, por desgarradora ironía, él, que es conquistador de países, carece de patria; él, que hace fecunda y productiva la tierra con su impulso creador, no es acreedor a la fúnebre paletada de tierra cuando, cadáver ensangrentado, rueda por los campos de batalla; él, en suma, que nació para ser dios, es esclavo, es mendigo y es verdugo.

Estrechad al supuesto enemigo, decía, pero sobre vuestro propio corazón. Que son los mismos vuestros anhelos, que son los propios vuestros pesares, que el mismo soplo de justicia regeneradora alienta en vuestros espíritus, que tenéis en la mano en este solemne momento histórico el porvenir glorioso de la humanidad, incluso el de vuestros propios verdugos.

Y del horrible y pavoroso cataclismo que amenaza tragarse la Tierra surgirá esplendorosa, brillante, diáfana y gloriosa la gran ldea, convertida en espléndida realidad, que ha de encaminar rápidamente al mundo a su más amplio, bello, lógico y definitivo estado por la fraternidad universal.

JOSÉ ARRANZ

Los socialistas y la guerra

Los compeñeros del Ateneo Sindicalista del Ferrol
son libres, como buenos españoles, de fabricar todos
los proyectos que quieran y
de pasarse la vida haciendo
castillos en el aire. Lo que
no prieder escer es ridiculizar a la clase obrera española
ante las organizaciones del
exterior, ni poner el invi e
nuestra impotencia y a nuestra ignorancia,

A. Fabra Ribas

Patentizando de este modo el arraigo de sus convicciones, la alteza de
sus miras, la generosidad de sus sentimientos, los compañeros del AteneoSindicalista del Ferrol dirigieron, como es sabido, un llamamiento a todoslos hombres de buena voluntad, sindistinción de países, a fin de ver si eraposible concertar internacionalmenteuna acción capaz de poner término a
la guerra.

La celebración del próximo Congreso—al cual asistirán, según se anuncia, representantes de todas las naciones europeas beligerantes o neutrales y personalidades conocidas en todas partes por su talento, por su amor a la causa del pueblo, por su espíritu de sacrificio— será la contestación que el llamamiento ha obtenido por parte de aquellos a quienes iba dirigido.

Se hacía extensivo a los socialistas, y algunos que impropiamente se llaman tales, no han querido limitarse—como aconsejan la vergüenza y la dignidad— a dar la callada por respuesta, sino que por el contrario, tratan de poner en ridículo, de desacredi tar ante la opinión proletaria aquellos propósitos, mofándose con desfachatez inaudita de la nobleza que los anima.

Conste que a esos, los compañeros del Ferrol no quisieron aludirles, porque ni los quieren ni los necesitan.

Eilos, que no han perdido, ni mucho menos, el sentido de la realidad, se dirigian a los socialistas puros, a los socialistas auténticos que tienden a la socialización de la propiedad y de los medios de producción y de cambio, sin concomitancias ni colaboraciones con la burguesía y con el Estado.

De pinguna manera a esos socialistas pour aire que fomentan el cenáculo, que necesitan fieles, que no tienes más ideal que la conquista de preberdas.

De esos que se esfuerzan en mantener al pueblo en el concepto de eterno inferior para erigirse más fácilmente en directores y caudillos, ya saben auestros amigos, como sabemos nosotros, que irían al Congreso de la paz de buena gana si creyeran empresa fá cil arrojar de él a los anarquistas, como consiguieron antaño Pablo Iglesias y Quejido que lo fueran de un Congreso socialista Tarrida del Mármol y Pedro Esteve.

Si una simple carta bastara para reventar el Congreso del Ferrol shora, como bastó en 1902 para reventa: la huelga general de Barcelona, asesinada traperamente por los dos pontífices máximos del partido socialista espafiol, ya no se hablaría más de él.

Pero los sucialistas saben que no

pueden repetir la suerte porque aquí estamos nosotros siempre prontos (a parar el golpe.

Podrán babear cuanto les venga en gana. Ese derecho nadie trata de discutírselo.

Lo que no conseguirán es detener los rápidos avances de nuestra marcha ni obstaculizar en lo más mínimo nuestra acción.

En nuestro campo hay firmeza, hay voluntad, hay una gama inmensa de actividades y de energías puestas al servicio del ideal y templadas en la lucha diaria, que, guiadas, conducidas por la razón serena, vislumbre del porvenir, son capaces de intentarlo todo.

¿Qué podrá con sus ironías y con sus necedades un adversario, cuando con sus consejos nada han podido nuestros amigos?

Somos mayores de edad y andamos perfectamente sin conductores ni guías.

Caminamos en compañía del proletariado que quiere emanciparse de todas las tutelas, a la realización de una gran tragedia, tragedia brillante y sublime como ninguna, porque crea en un hecho social la síntesis de innumerables hechos, convirtiéndolo en representación, en ejemplificación podríamos decir, de una fiebre ardiente que nuestras propagandas van despertando en la mente y en el corazón del pueblo.

Por que no puede ser el Congreso del Ferrol un hecho que acorte la distancia que nos separa de ella?

Nadie posee datos para negarlo, ni para fundamentar seriamente una

Un día u otro tendrá que ser, puesto que se trata de una fatalidad histórica, y los que sufren se afanan en precipitar por todos los medios su advenimiento.

Los que no se baten diariamente, los que diariamente no sienten frage ladas sus carnes, azotado su rostro por el infamante latigazo de la explotación capitalista, ni tienen prisa, ni conocen las ansias, los deseos que germinan en el corazón del pueblo.

Ab, si nosotros consiguiéramos encauzarlos convenientementel...

Que el proletariado de todos los países afirme solemnemente en el Ferrol que sólo ve el fundamento de la próxima terminación de la guerra, en el sentimiento de solidaridad internacional y ya veremos lo que sucede.

Sean cuales fueren los resultados del Congreso, nosotros habremos probado una vez más que sabemos cumplir nuestro deber. Habremos probado al propio tiempo no ser una secta que obedece la voz de un jefe, que evoluciona al compás de un oráculo, que se uniforma al pensamiento de un individuo, sino que, por el contrario, tenemos voluntad y convicciones.

Y cuando hayamos probado la identidad de origen de todos los conflictos armados en la época presente; cuando hayamos condenado inapelablemente la guerra; cuando la hayamos deshonrado a los ojos de sux víctimas propiciatorias; cuando hayamos hecho una nueva afirmación rotunda de nuestra personalidad y de nuestra eficiencia en las luchas sociales, entonces diremos que los socialistas, cuya única acción ha consistido en obstaculizar la realización de laudables iniciativas, son tan responsables de la actual hecatombe como los mismos que la provocaron.

Por de pronto decimos ya que para redactar una nota insidiosa y soez como la que transcribimos es preciso estar dotado de un desparpajo nada común, tener una capilla pequeña o grande en el partido socialista y llamarse, por añadidura, Fabra y Ribas.

AUSEBIO C. CARBO

Ellos solos se excomulgan

Entre anarquistas, es una impropiedad de concepto y de palabra el hablar de excomuniones. El anarquista, ser libre cual ninguro, que no obedece ni manda, no puede excomulgar ni ser excomulgado. Donde no hay comunión, en el sentido religioso y autoritario que todos damos a tal vez, tampoco es posible baya excomunion. Excomulgan los ponifices, los obispos, los jefes de los partidos políticos, los comités, los amos, los individuos o juntas que representan alguna jerarquia, algun mando. Pero los anarquistas, mantenedores y semilladores a ultranza de la más plena independencia universal, ¿cómo y a quién habían de excomulgar? Intentarlo solo sería la prueba de la propia anulación, en demasía ridícula. La excomunión lanzada por un anarquista equivaldría a la pretensión de estampar un rótulo, con la punta de un dedo, sobre la superficie del mar.

Lo que puede y debe hacer el anarquista —y en efecto lo hace, por ser acto cimentativo e integrante de su condición de tal—es examinarlo todo, investigarlo todo, analizarlo todo, estudiarlo todo, buscar entodo la relación de causa a efecto, esclarecer la verdad y sustentarla, amar la belleza y cultivarla, practicar la bondad y difundirla, apoyar lo justo, querer la libertad, atacar lo oprimente, condenar lo erróneo, cualquiera que sea su aspecto, cualquiera que sea la calidad de las personas que en ello incurran.

Lo que igualmente puede y debe hacer el anarquista es dar, con muy precisa claridad, su conformidad a lo acertado, y su desacuerdo a lo equivocado, por muy sincero que esto parezca y

Actuar así, poner en ejecución lo más peculiar de ruestra personalidad, ser lógicos con nuestros principios y consecuentes con nuestras más íntimas convicciones—y no otra cosa—es lo que hemos realizado los anarquistas, al reprobar categóricamente el proceder de cuantos, sin dejar de nombrarse anarquistas, metiéronse a guerreros voluntarios, en favor de unos estados contra otros, en favor de unas burguesías contra otras, en favor de unas religiones contra otras.

Si a este naturalisimo e indeclinable acto nuesto, en un todo armónico con nuestras ideas más típicas y medulares, hay quienes se atrevan a tacharle con el ajado e inadecuadísimo tópico de excomunión, no me apuraré ni retrocederé por ello, ni creo se apurará ni retrocederá ningún otro compañero, en realidad pacifista. Cuando tengo la persuación firmísima de que estoy en lo cierto, no me importan todos los calificativos que me dirijan los sofistas y los coléricos, no pongo grande empeño en que unos y otros usen los vocablos apropiados, y no reparo mucho en minucias desvirtuadoras y desorientadoras, fijándome predilectamente en los hechos.

Pueden seguir ellos, los sofistas y los coléricos, contorsionando el idioma y la lógica y el juicio, defendiendo lo indefendible, pretendiendo concordar lo diametralmente contradictorio, acusando con furia en vez de esperar la acusación. Mientras tanto, nosotros, sin perder la serenidad, seguros de nosotros mismos y de nuestras obras, sin injurias ni bravuconadas pero tambien sin flojedades ni cobardias, continuaremos sosteniendo una y mil veces que no es, que no puede ser anarquista. el guerrear por propia deternuna. ción, en defensa de cualquiera de los estados del planeta Tierra Esto, para quien no haya dejado trastornar su razón, es un axioma fundamental, y los axiomas no necesitan demostración,

En último caso, aunque aceptásemos la sofisticación del lenguaje y, por tanto, la palabra excomunión, siempre resultaría que no éramos nosotros los que habíamos excomulgado, sino que eran ellos, los supuestos anarquistas por su gusto militares, los que se habían excomulgado a si mismos, como ineludible consecuencia de sus actos. Ciego ha de ser quien no lo vea, o muy obcecado quien no quiera verlo.

La mejor prueba de que se han excomulgado por sí, con sus acciones, está: en que además se excomulgan de manera declaradísima con sus propias palabras. Si alguien lo duda, que no deje de reparar en estas nada vagas manifestaciones de Malato, hechas en la carta que escribió al compañero V. García, ya citada en mi anterior artículo:

"Por cierto que a pesar de nuestra misma denominacion de anarquistas no tenemos nada de común, ni la comprensión, ni la concepción, ni los sentimientos y me alegro de una escisión con elementos que, después de tantos años, a pesar de tantos esfuerzos y sacrificios de individuos, no supieron crear, ni tampoco concebir realidades".

¿Se apetece más claro? ¿Puede escribirse nada tan remarcado y concluyente? ¿No es esto irse por propio impulso, comprender y constatar espontáneamente que no coordinan ya con nosotros, internacionalistas ir flexibles e insugestionables? ¿Y habrá todavía quien sea capaz de emplear la voz excomunión, para defender a los inconsecuentes del anarquismo?

J. M. BLAZQUEZ DE PEDRO Colón (Panamá).

Colón (Panamá),